

IV

La pica

La pica es el mal necesario. Veamos primero por qué es necesario, algo de lo que mucha gente está empezando a dudar hoy en día. Su primer objetivo es demostrar la valentía de los toros. Algunos, que parecen salir del toril, se lo toman mal o no lo toman en absoluto. Otros dan la medida completa de su combatividad sólo en sus sucesivos encuentros con el picador: o se calientan bajo el efecto del castigo esp: se *crecen*), o se enfrían (esp: *se vienen abajo*). La *suerte* de la espada actúa sí como un control público sobre el valor de los productos de las granjas y constituye una especie de verificación constante de la efectividad de sus cruces. Sin ella, conoceríamos, en pocos años, una degradación de la raza de los animales de pelea. Este es, proporcionalmente, el caso de Portugal. Entonces, sin duda, tiende a corregir, en toros, defectos que son tantos obstáculos para el juego del hombre. Esto suele ser cierto para el "*gazapon*", el nombre con el que designamos a la bestia que se acerca a titorero con pasos contados, sin cargar francamente, y así invierte cualquier cálculo táctico por su parte. (Es, a decir verdad, más una falta para el hombre que un defecto real para el toro. De hecho, el origen de este movimiento está en una valentía extrema del animal que avanza hacia el hombre antes de ser provocado. Si la tendencia es menos propositada, el toro solo se califica como *probon*). Es común que una o dos picas, bien apoyadas, resulten en detener este perpetuo camino hacia adelante que lo caracteriza. Esto no es menos cierto para los toros que no son muy "*claros*". Un castigo acentuado suele completar para revelar su verdadera naturaleza, como si hubieran dudado, hasta entonces, entre dos tendencias divergentes en el fondo de su instinto. En casos similares, un lucio más, lejos de comprometer la *faena* de *muleta*, puede salvarla. Finalmente, todo toro entra en la arena con un exceso de fuerza, más o menos variable, que el uso de la pala propone reducir a un límite estándar que corresponde a las posibilidades de luchar contra el hombre a pie. No solo reduce el poder de la bestia, sino que también modifica su comportamiento, ralentiza su carga y baja la cabeza, que naturalmente mantiene en alto, para descubrir su cruz a los banderilleros y luego al matador (Se suele reconocer que el toro, en la tauromaquia, pasa por tres estados bien definidos: *Levantado* (levantado) cuando salió del *Toril* – *Parado* (detenido) cuando fue picado correctamente – *Aplomado* (cargado) al final de la pelea. El signo característico de fatiga en el toro es el hecho de abrir la boca (esp: *abrigar la boca*). Si lo hace con picas es porque ha sido castigado demasiado. Si lo mantiene cerrado hasta el final, es porque no ha sido suficientemente picado). El picador es, por tanto, como la artillería pesada de las corridas de toros. Su intervención está dictada por la importancia del obstáculo a superar. Abolirlo sería condenarse a pelear, en la plaza de toros, toros menores de tres años, un deporte al alcance de cientos de aficionados, que perdería toda emoción y dejaría de constituir el espectáculo de la tauromaquia. El uso de la formidable arma que es la pala exige un control estricto de su uso. El Presidente del Curso lo ejerce. Para él la difícil tarea de proporcionar el número de picas a la fuerza de los toros (Por espadas, debemos significar necesariamente aquellas en las que el toro se entrega a

fondo). A menudo, su deseo de ver el día coronado de éxito lo lleva a flotar entre los gustos del público, para quien el toro nunca es lo suficientemente completo, y la necesidad del matador de tener un oponente reducido a su medida. A veces se le agrega un asesor técnico, en la persona de un torero retirado. Pero hay que reconocer que la acción del Presidente ha demostrado ser impotente para limitar los abusos de esta fase de la lucha.

Aquí abordamos el mal y su raíz. En el siglo XVIII, el picador era un personaje independiente del torero. Su nombre encabezó el cartel. Recibió un salario más alto y lo recibió directamente de los organizadores. En el siglo XIX, el picador fue reglamentado por el matador en su *cuadrilla*. En el siglo XX, se convirtió en el ejecutor de sus obras sucias. Desde un punto de vista técnico, el deslizamiento tuvo lugar en etapas sucesivas. Alrededor de 1895, el matador Guerrita comenzó transponiendo a la arena la forma de costura utilizada en las tiertas de las granjas. Ante él, el picador presentó su caballo casi de frente al toro. Esto le permitió tirar de él hacia la izquierda, en el momento de la reunión. El toro, sostenido y más exactamente derivado por el lucio, generalmente terminaba su carga de lado a lado con el caballo y luego encontraba la capa de un torero que lo desviaba. En las granjas, donde se trata de seleccionar cómo las vacas jóvenes o los futuros sementales toman la pala y no dejan la reunión sola, lo que es un signo de valentía incierta, el caballo se presenta totalmente de lado a la pequeña bestia. En esta posición, ningún picador puede detener a un toro de cuatro años con el brazo extendido y proteger su montura. A partir de este momento, data la carnicería de los caballos y, en consecuencia, la disminución de su calidad actuando como un hándicap sobre la acción del jinete. En cuanto al toro, probado por estos largos choques, pierde más fuerza. Con un número igual o incluso menor de espadas, Guerrita obtuvo así un efecto significativamente mayor, lo que facilitó su ya modernizador "toreo". El picador pretendía defenderse mejor contra los violentos asaltos que estaba sufriendo. Comenzó adelgazando el "limón", o bola de cuerda cuyo propósito era evitar la entrada de la pica más allá de los veintitrés milímetros de su punta. Vimos, entonces, la lanza penetrar detrás de su hierro a veces hasta cincuenta centímetros y los toros caían muertos a los pies del caballo. Así, en 1917, se sumergió una arandela de acero de seis centímetros de diámetro. La pala de Sevilla, como se le llamaba, incluía, sin embargo, esta concesión hecha a los toreros de que el hierro, elevado a veintinueve milímetros, era seguido, hasta el disco, por una parte del mango de seis centímetros enrollada con una cuerda delgada. Por lo tanto, fue casi nueve centímetros que el toro fue llamado a recibir, ahora, en su espalda. Esta pala permaneció en uso, pero su uso empeoró significativamente con el caparazón del cual una disposición, tomada en 1927, protegió a los caballos. Como estos ya no se lesionan y son menos fáciles de derribar, el encuentro del toro y el picador dura más tiempo. El picador ahora tiene todas las oportunidades para torcer la lanza y pasar el disco a través de la herida de la bestia, convirtiendo así la protección promulgada por las regulaciones. Con la aparición del *toreo* moderno, que es inquietante notar que va de la mano con la degeneración de la *suerte* de piqué, los jinetes no se detuvieron allí. Se han acostumbrado a apuntar detrás de la cruz, y cada vez, en la misma herida, para profundizarla. Arrinconan su montura en la barrera para detenerla mejor. O, de nuevo, cruzan la línea blanca, dibujada en la arena como un límite a su avance. Entrando, así, en el campo del toro, cierran su salida y lo asesinan con más seguridad. Incluso a veces giran alrededor del animal en un movimiento

llamado "carioca", llamado así por una figura de la danza brasileña. Estos procedimientos tienen una excusa solo en el caso de un toro que no se dejaría picar. ¿Existen remedios para tales abusos, aparte de las multas impuestas a los picadores por el Presidente y que resultan ineficaces porque los matadores se ocupan de ellos? Ciertamente. La primera, y más elemental, consistiría en modificar el hierro de la lanza, ya que su nocividad debe estar en relación inversa con la resistencia del caballo y la duración de la aplicación de la pica. No hace falta decir que los profesionales en la arena tienen fuertes razones para oponerse a dicha reforma. La segunda sería que los espectadores atacaran a los directamente responsables del mal. Los matadores solo tienen los picadores que quieren tener. Es bastante paradójico escuchar a una multitud gritando a un picador que sale de un toro y aplaudiendo, inmediatamente a un prè, a un matador que hatejido sus gustos solo porque el toro fue asesinado. Aquí surge una pregunta singularmente seria. ¿Cree el público que es posible conciliar la nobleza y la belleza de la tauromaquia con la búsqueda, a toda costa, de la emoción fácil que le dan unas pocas *manoletinas*, una serie de pases más naturales desde la izquierda o un acortamiento improbable de la distancia entre el hombre y la bestia? Sin duda, hoy toleramos más y de una manera más sensacional, pero es a menudo, hay que reconocerlo, porque previamente hemos hecho del toro un verdadero inválido. Si este no fuera el caso, ¿podría el torero colocarse fácilmente en la punta del cuerno para practicar el *toreo* de perfil? Corresponde al público saber lo que quiere y no perseguir, simultáneamente, dos fines que son, en realidad, opuestos. Durante mucho tiempo, las corridas de toros consistían en mostrar un toro salvaje en libertad y que lo combatiera un hombre. Hoy en día, tendería más bien a presentar a un hombre y hacerlo luchar contra una apariencia de toro.